cional, no atribuían gran importancia á ese rasgo de su sistema. Comprendían la influencia de la época en que Fourier había escrito. En cambio retenían sobre todo los rasgos siguientes esenciales de la enseñanza fourierista:

1.° La Comuna libre, es decir, una *pequeña* aglomeración territorial, independiente, resulta la base, la unidad, en la nueva sociedad socialista.

2.° La Comuna es depositaria de todo lo producido en el vecindario, y la intermediaria para todos los cambios. Representa también la asociación de consumidores, y muy probablemente sería también, en la mayoría de los casos, *la unidad de producción* (que por otra parte podría ser también un gobierno profesional, ó bien una federación de grupos productores.

3.° Las Comunas se federarían libremente entre sí para constituir la federación, la región, la nación.

4.° El trabajo debe hacerse atractivo. Sin esto, es siempre la esclavitud, y en tanto que así no sea, no es posible solución alguna de la cuestión social; conseguirlo es perfectamente hacedero. El trabajo deberá ser también, y puede serlo, mucho más productivo que hoy.

5.° Para sostener la armonía en una Comuna de ese género, ninguna violencia será necesaria. Basta la influencia de la opinión pública.

Cuanto á la repartición de los productos del trabajo, se decía en La Internacional que sería resuelto por la misma Comuna ó por el grupo productor. Una Comuna podría establecer el principio comunista: *á cada uno según sus necesidades,* mientras que otra podría preferir un sistema de retribución según las horas de trabajo ó según los resultados.

Esta solución, que dejaba á cada grupo productor la elección del sistema de remuneración, constituía durante largo tiempo la esencia de eso que se llamó *Colectivismo* en las federaciones obreras de las naciones latinas, en oposición al Comunismo autoritario.

En fin, en aquello que concierne á los medios para pasar de la sociedad actual á la sociedad socialista, los trabajadores de La Internacional no atribuían importancia á lo que había dicho Fourier. Sentían desenvolverse una situación revolucionaria y veían venir una revolución más profunda y más general todavía que la de 1848. Y entonces, decían, harían todo lo que estuviera á su alcance para desposeer al Capital de los monopolios que se había apropiado.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará)

Mi descubrimiento [1]

Entre todos los sensacionales descubrimientos que se han hecho recientemente, yo creo—modestia aparte—que el más importante es precisamente el mío.

Se ha inventado el telégrafo sin hilos, el fonógrafo, el submarino, la máquina de volar, sueros contra la rabia, contra el veneno, contra las mordeduras de las serpientes, y ahora se ha encontrado el modo de hacer funcionar los órganos animales separados del cuerpo, mediante la cultura artificial de las células.

¿Pero se encontró el modo de prolongar la vida humana?

Seriamente, creo que no.

La vida del hombre, por término medio, es de 37 años.

¿No sería posible alargarla hasta los 55 ó 60?

Yo creo que sí; pero antes de enunciar los medios que pueden determinar una prolongación general en la duración de la vida del hombre, será necesario que exponga las causas principales que la abrevian, acelerando la muerte.

Es opinión general, en el campo de la medicina, que los casos de muerte natural—muerte por agotamiento de las fuerzas nerviosas—son bien raros y representan una excepción ante la inmensa mayoría, que mueren prematuramente por causas que están muy lejos de ser naturales, víctimas de enfermedades y accidentes debidos únicamente á la organización social que padecemos.

Pocos son los individuos que llegan á cumplir el ciclo evolutivo de la vida y que mueran tranquilamente, á los 80, 90 ó 100 años; y estos pocos para quienes la vida empieza á ser una carga pesada y la muerte infalible un deseo, se pueden llamar privilegiados.

El noventa por ciento de los hombres caen en el período que mejor podrían vivir, ó en plena infancia; mueren en la primavera de la vida. sin haberla conocido, sin haber atravesado sus diversas fases, sin haber sentido la importancia y amplitud de sus funciones, asesinados por las múltiples causas que no se le pueden imputar á la naturaleza, sino á la creación artificial de la iniquidad humana.

¡Es un flagelo social!

En las clases pobres, especialmente, una mitad de los niños que nacen no pasan de la edad de tres años; una infinidad de jóvenes entrambos sexos, en la edad de los amores, de los 18 á los 25 años, se agotan tristemente como la débil llama de una lámpara á la cual le falte el petróleo; millones de seres humanos mueren en el período de la virilidad, cuando la vida debía hallarse en su fase más bella, en la plena manifestación de su fuerza, de los 30 á los 45 años.

¿Por qué esta espantosa mortalidad?

Los médicos catalogan en las estadísticas como causas determinantes, las más generales: *la gastro-enteritis, catarros bronquiales é intestinales, raquitismo, tuberculosis, inflamaciones cerebro-espinales, tumores al hígado, á los pulmones,* *etcétera,* pero no van más allá, porque toda indagación mayor á las causas más remotas, á las causas *predisponientes,* conduciría inevitablemente á conclusiones revolucionarias, á una acusación terrible contra el régimen actual de la vida social, en el que la mayor parte de los hombres están condenados á vivir en la miseria y en la injusticia para no gravar los intereses de unos pocos.

¡Que se muera de una ú otra enfermedad, nada importa! Pero se muere por ignorancia, porque la mayoría desconoce las causas engendradoras de la muerte prematura: pues casi todas estas enfermedades, casi todos estos flagelos sociales que nos matan, son el producto de las condiciones bárbaras, infamantes, bestiales, en las que desenvuelven la vida la mayoría de los hombres que trabajan en los campos y en las ciudades, en las habitaciones y en los talleres, en las oficinas y en las escuelas. Es el trabajo opresor, excesivo; es el ambiente bestial que debilita, que corrompe, que mata los organismos más fuertes y más resistentes; es la miseria permanente en los bajos fondos sociales, la desnutrición general, la pésima y poca alimentación que empobrece la sangre, desorganiza los tejidos, debilita los órganos, dificulta la armonía en las funciones. las predispone á la acefalia y á la muerte; es la falta de higiene en los lugares donde se vive; es la falta de aire, de oxígeno, de sol, donde se duerme ó donde se trabaja: es la falta de descanso, de restauración de las fuerzas perdidas, que dejan las poblaciones laboriosas inermes y desprovistas de todos los medios de defensa frente á las causas disgregadoras de los elementos, entre las enfermedades y la muerte.

En estas condiciones de vida y de lucha es difícil encontrar un hombre completamente sano y una mujer robusta que procree hijos exuberantes de salud y de fuerza. La miseria fisiológica, heredada del seno materno, nace con nosotros, se incrusta en nuestro organismo, lo acompaña desde los primeros años de la infancia, y tarde ó temprano nos conduce á la tumba. Nuestra vida está envenenada por enemigos más implacables cuanto más invisibles, por micro-organismos y bacterios destructores, gérmenes letales de toda clase de enfermedades que del cuerpo de nuestra madre pasaron á nuestra sangre y en el momento propicio. bajo la excitación de una causa exterior incombatible é imprevista, prepárase para su acción decisiva y funesta.

¡Causa remota! ¡Herencia de las malas condiciones fisiológicas! ¡Ley de la descendencia de la especie, establecida por el gran Lamark!

Es á este trozo de sangre infecto, de órganos enfermos y mal adaptados al ejercicio de sus propias funciones desde el primer día de vida embrionaria, que se le da la leche de pésima calidad ya en el seno materno, uniendo á esto las privaciones inauditas que tienen que soportar los hijos de los pobres, condenados durante la infancia y en toda nuestra juventud á la falta de lo más necesario para la vida y de los medios para adquirirlo: *habitaciones higiénicas, alimentos sanos, prados ó jardines para recrearnos. ejercicios gimnásticos, etc., etc.,* en cambio vamos á vivir en el ambiente nauseabundo del taller y de la fábrica —*esas cárceles modernas*—en donde hacemos una labor extenuante, homicida, que se prolonga por 12 ó 13 horas al día, con la falta completa del descanso necesario, con la insuficiencia de la alimentación; ingerimos los productos envenenados, adquirimos los vicios que nos embrutecen, como el alcoholismo, etc. Nuestro cuerpo es un enorme hospital, en el que los enfermos son los millones de células desnutridas y atrofiadas para las propias funciones, que propagan lentamente el contagio hasta que se produce la muerte y que la medicina inútilmente pretende evitar.

¿Cuántos son los trabajadores que en apariencia son sanos, que no se encuentren en estas condiciones?

¡Qué cosa horrible sería si se pudiese hacer un examen minucioso de patología celular en algunos de esos que aparentan gozar de salud completa! Salvo raras excepciones nos encontraríamos con que todos tienen la muerte prematura en el organismo. Para los más, este examen se podría considerar hasta superfluo, ya que su estado de abatimiento moral y de deterioración fisiológica está luminosamente esculpido en su semblante exterior.

Entremos en uno de esos talleres mecánicos que aniquilan la salud y la vida de los pobres condenados á la pena del trabajo; entremos en una de aquellas fábricas de tejidos que aplastan el cuerpo y el alma de los trabajadores y echemos un vistazo á todos los esclavos modernos, obligados á producir, dirigiendo la máquina ó el telar, para que el amo sea feliz. Todos son esqueletos, de cuerpo encorvado. de pecho hundido, sin vista clara en los ojos como en el alma. Pocos de esos llegarán á los 50 años de edad. La mayor parte tienen poco tiempo de vida. La tuberculosis, los tumores en el hígado y en los pulmones, los cánceres en el estómago, el envenenamiento de la sangre y de los tejidos minan su existencia. Pero ellos continúan, inconscientemente con su pena, en el febril trabajo, para enriquecer á sus *queridos patronos.*

Veamos aquí en este otro laboratorio donde se fabrican sombreros y elegantes vestidos para señora. Quien trabaja en este infierno son pobres modistas, todas ellas jóvenes de 12 á 20 años! Trabajan con el pecho encorvado todo un día, desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche. Mal nutridas y peor alojadas, sin un momento de recreo, ni una hora de descanso; ellas no saben lo que es la vida, ni lo que es el amor; sus pechos están secos, sus ojos jamás contemplaron una sonrisa, en toda su vida no vieron más que lágrimas, lágrimas del dolor causado por una organización salvaje. ¿Cuánto vivirán estos seres humanos? ¿Cuántas de esas jóvenes llegarán á los 25 ó 30 años? Bien pocas. Fijaos en ellas y veréis como son pálidas, con esa palidez de la muerte, sin belleza en los ojos, en los senos, en las caderas, cadáveres andantes, en busca del sepulturero. Todas están anémicas y una gran parte son tísicas. Ya no tienen sangre en las arterias, ya no tienen energías ni fuerza y pronto perderán hasta la esperanza; pero... trabajan, las pobres, trabajan siempre, sin un minuto de descanso, sin un instante de tregua... para enriquecer á los negreros capitalistas y para que las prostitutas de la aristocracia puedan lucirse con el producto de la sangre y de la vida de aquellas trabajadoras.

Podremos hablar de los campesinos, de quienes el sesenta por ciento son anémicos y flagelados por otras enfermedades. Podremos hablar de las lavanderas que mueren tuberculosas, y una á una de todas las profesiones para demostrar cómo todas esas enfermedades y esa horrorosa mortalidad son producto de las mismas causas—herencia patológica, excesividad de trabajo, desnutrición, falta de higiene.

No se limitan á éstas las causas de la mortalidad humana que son inherentes al régimen capitalista. Entre los tantos flagelos que destruyen al género humano, van puestos en primer lugar, porque son los más terribles, las revoluciones políticas por la conquista del poder, de los diversos partidos, que asaltan á hierro y fuego poblaciones enteras: las guerras de expansión y de conquista que en un cuarto de hora, en el campo de batalla, siegan la vida de cien mil personas; los desastres mineros, debidos al egoismo y á la impericia de las compañías explotadoras, en los cuales sucumben centenares de trabajadores, y, en fin, todos los infortunios del trabajo, productos de idénticas causas, en todos los pueblos de la tierra que dan un gran porcentaje á la mortalidad general.

¿Es posible evitar ó disminuir este prematuro y violento exterminio de existencias humanas? ¿Es posible, es lógico y humano trabajar con todas nuestras fuerzas por la preservación de la vida, tratando de elevar el término medio de su duración que es hoy de 37 años. á 55, 60 ó 70?

Yo creo que sí, y aun creo infalibles los medios que se pueden emplear para sacar adelante este *descubrimiento* eminentemente humano.

Estos medios — ya se sabe — son *subversivos,* contra todos los procedimientos ilícitos y contra todos los infames intereses particulares de casta ó clase. Son estos medios completamente antiburgueses. profundamente revolucionarios, esencialmente anarquistas.

Es necesario que desaparezca el militarismo que llena el mundo de estragos y de rapiñas. Es necesario abolir los ejércitos permanentes y las fronteras, que son una amenaza constante para la vida y para la paz mundial. Es necesario que desaparezcan todos los privilegios de casta y de clase que se fundan en la opresión y en la miseria permanente de la clase trabajadora: hace falta que se haga una sola y gran familia humana, compuesta por todos los pueblos de la tierra y todas las clases en lucha, para suprimir todos los intereses antagónicos hoy existentes; es necesario transformar la propiedad haciéndola común, y que la riqueza acumulada por unos pocos pase á ser propiedad de todos los hombres, haciendo á cada hombre copropietario de todo el Universo, para que tenga todo el mundo á su disposición todos los medios para salir triunfantes en la lucha y en la vida. Y mandar á todos los curas, monjas, frailes, polizontes. políticos. gobernantes y jueces, á trabajar, para que ninguno se vea obligado á mantenerlos; hacer accesibles para todos los ateneos, las escuelas, los estudios del arte y de la ciencia, para así hacer una humanidad libre, inteligente, solidaria en el bien, armonizando la función de los organismos sociales con la de los naturales, aguerrida para las batallas fecundas del trabajo, para las luchas sublimes del pensamiento contra las hostilidades del ambiente natural para la conquista, siempre de un grado más de libertad, de amor y de dicha.

ANTONIO LOREDO

(1) Este artículo está recalcado sobre otro que, con el título de «Importante scoperta» y bajo la firma de *Yo*, publicó *La Battaglia*, de San Pablo (Brasil), que dirige el amigo Oreste Ristori, y hago esta observación porque la idea pertenece á *Yo*, ó sea á Oreste Ristori, seudónimo que usa muy á menudo en sus escritos.
Y nada más.—El Autor.

Contra una ley

Al fin, persuadidos de que á los diputados liberales y radicales, por gozar ellos de la inmunidad parlamentaria, les importa muy poco la existencia de la odiosa ley de jurisdicciones, se ha emprendido la campaña para exigir su derogación.

Hace más de dos meses que en esta capital se constituyó un Comité de Acción Social Progresiva, y aunque fuimos invitados á formar parte de él nada hemos decidido hasta ver en qué forma se orientaba.

Persuadidos de que no son mandatarios políticos y de que dirigen su principal acción á la derogación de dicha ley, secundaremos la campaña, tomando parte en cuantos actos celebren con el citado objeto.

La crueldad de esa ley hace sus principales víctimas entre los que luchan por destruir la injusta sociedad actual y por una patria sin fronteras. A nosotros, pues, corresponde agitar la opinión, para no aumentar el número de las víctimas de compañeros nuestros que en las cárceles de Barcelona, Gijón y otras sufren las consecuencias de una ley de excepción, que es un baldón para los gobernantes que la dictaron y para los pueblos que la sufren.

A la vez que en esta capital se celebran y organizan actos públicos, la Juventud Socialista de Madrid ha lanzado la iniciativa de celebrar actos en toda España en un día determinado.

Continuando nuestro propósito de retener el menos tiempo posible las cantidades que se recaudan para los presos por cuestiones sociales, en la presente semana procederemos á un nuevo reparto.

Como no es posible atenernos á las notas del reparto anterior, por las altas y bajas que hayan podido ocurrir, esperamos que todos los compañeros nos participarán el nombre y localidad de los presos que tengan derecho al reparto.

EL TRABAJO

He aquí una palabra que, cual sucede con la de Educación, se maneja á tontas y á locas, sin ton ni son, y sin fijarse en el verdadero valor que dichas palabras encierran.

Es cierto que todo el que ejerce un cargo, ya manual ya intelectual, hace un trabajo.

Trabaja el soldado, el cura, el fraile, la monja, el juez, el carcelero y todos los empleados, cualquiera que sea su categoría; por eso mismo, porque á desempeñar las funciones á que están sometidos, es indudable que ejercen un trabajo.

Mas entre el trabajo que hacen éstos y el de los trabajadores de oficio varios, hay la gran diferencia entre el trabajo que es producción y el que es negación.

Pues mientras el albañil, el carpintero, zapatero, panadero, sastre, herrero, agricultor, carretero, pintor, tejedor, maestro de escuela (racional) y tantos otros oficios, producen con su trabajo cosas útiles para la humanidad, en cambio, los primeramente citados, con su trabajo sólo producen muchas lágrimas, mucha hambre, mucha desesperación y mucha miseria.

Mientras los albañiles construyen casas para que las personas no habiten á la intemperie, los tiranos *trabajan* para que los mismos constructores y sus familias habiten en inmundas pocilgas; en tanto que el carpintero construye lujosos muebles para la comodidad de todos, se los apropian y disfrutan expresamente los que *trabajan* para que los productores no los puedan disfrutar; el agricultor, que arranca á la tierra el trigo y todos los frutos, y si bien es verdad que él no los disfruta, en cambio nada les falta y hasta les sobra en sus graneros á los que no han producido en su vida ni el valor de un garbanzo; el sastre confecciona vestidos y en tanto que él y los demás obreros que tejen ricos paños van *vestidos* de lo más inferior, cubren sus cuerpos con las más elegantes confecciones los millares de improductivos *trabajadores*.

Y así va todo, al revés. Lo mismo que el herrero, el armero y el mecánico, que construye herramientas, armas y máquinas que son: las primeras para la esclavitud del que las maneja: las segundas para matar al pueblo, y las máquinas, que en vez de servir para el descanso del trabajador, sirven de tan excesivo *descanso* que dan dos productos á la vez: mucho dinero para los amos y mucha miseria para los obreros.

Porque el policía, el carcelero y el verdugo, con las armas en la mano no hacen otra cosa que trabajar para que los verdaderos trabajadores sigan sometidos á los caprichos de los tiranos.

Así es que desde hoy en adelante sería muy conveniente denominar á los que trabajan en contra de los obreros, con el nombre de *trabajadores* inhumanos.

Y trabajadores humanos á todos los que producen cuanto utiliza la humanidad para el bien de todos los hombres y mujeres.

Trabajo del bien y trabajo del mal. Hay que distinguir.

A. GUTIÉRREZ

Alginet.

La República guindilla

Nuestro querido compañero Eduardo Gilimón, expulsado de la Argentina, que en Barcelona y TIERRA Y LIBERTAD continuó durante algún tiempo la buena labor que había hecho en el diario *La Protesta*, de Buenos Aires, determinó pasar á América, y viendo que la república federal Argentina era menos habitable que la Rusia imperial para los hombres de ideas racionales, confió en la República Oriental del Uruguay, y se dirigió á Montevideo.

Sin duda pensó nuestro buen amigo que si la Argentina se había aburguesado y se había lanzado á la vida como moza del partido, la Oriental podía ser más decente y conservar un resto de vergüenza.

A costa de su libertad se ha desengañado nuestro amigo y buen compañero: la Oriental es hoy guindilla de la Argentina.

He aquí lo que tomamos de *Tiempos Nuevos*, publicación anarquista de Montevideo, de 31 de enero:

Cobarde atentado policial

Tres compañeros deportados y encarcelados

La obra de la «democracia» uruguaya

Bien decimos nosotros que los gobiernos lo único que cambian es de nombre. No sin razón propagamos á cada instante de que las libertades de los pueblos no son una consecuencia de tal ó cual forma de gobierno, sino el resultado de la energía y el espíritu revolucionario de él. Nosotros, ni en esta ni en ninguna otra ocasión diremos que es una vergüenza que en esta república se obre así: que su carta orgánica hable de otro modo, no; ya sabemos que nuestra libertad no está en la forma de gobierno republicano, ni siquiera socialista; ella depende—repetimos—de nuestra energía revolucionaria y de nuestra inteligencia.

Aquí en el Uruguay no hay siquiera el pretexto de una ley de residencia; y sin embargo vemos y hemos visto como en la forma más cobarde que se puede uno imaginar, se deporta y se encarcela á camaradas inteligentes que no poseen otro delito que el de pensar muy alto. ¡Y eso que nuestro gobierno es liberalísimo y estamos en vísperas de tener uno socialistísimo!

Ayer mismo, cuando la Argentina echaba de su seno á los hombres que pensaban, nuestro liberalísimo gobierno los expulsaba nuevamente; lo mismo lo hacía con los que sin ser expulsados huían de aquel país para evitar sufrimientos, y tanto era víctima el que residía ya unas semanas en el país como el que recién desembarcaba á esta *tierra hospitalaria.*

Hoy estamos frente á uno de los casos más bochornosos y hasta creemos que frente á un caso único.

Los redactores del diario *La Protesta*, de Buenos Aires, Eduardo Gilimón y Antonio Zamboni, y José Borolio, habían sido expulsados por el gobierno republicano argentino, en el mes de junio del año pasado, víctimas de la «ley social». Estos camaradas residían en Europa: ahí estaban y estaban y continuaban su propaganda sin ser molestados. Luego pensaron (como piensan los que sueñan con la república) que era bueno ir al Uruguay, al país «más libre y más republicano de América», para establecerse ahí con mayores garantías, (que la constitución tiene escritas para los burgueses).

Y ahí tenéis pueblo ingenuo, que todo lo esperáis de los gobiernos, ahí tenéis la muestra más bien impresa de lo que son los gobiernos republicanos y monárquicos cuando tú no te preocupes directamente de tus cosas. ¿Sabes lo que hizo tu gobierno con esos hermanos que pensaron refugiarse en este «país libre»? Lo más vergonzoso para tí, pues eres el único responsable por tu indiferencia; fueron tomados presos al desembarcar y luego conducidos á Buenos Aires; pero ¿por qué los mandaron allí? ¿qué tenían que ver con la Argentina cuando ellos venían de Europa y directamente con pasajes para Montevideo? Nosotros tampoco sabemos por qué. El caso es que ahora se encuentran presos y tendrán que soportar seis años de prisión por haberles hecho, el gobierno y policía uruguaya, violar la «ley social».

Es uno de los más graves atropellos á la libertad individual que puede ser para los ejecutantes de consecuencias inesperadas.

Siga el gobierno con sus cositas. Nosotros no nos entretendremos en elegir otros mandatarios mejores, nuestra obra será siempre la misma: preparar al pueblo para que sepa gobernarse á sí mismo. Pero no se crea que por esto dejaremos de hacer para esperar el día en que todos estemos preparados; cuanto más atropellos cometan, tanto más actos de defensa tendrán que soportar.

¡Pueblo uruguayo! ponte de pie con nosotros, exige, si puedes, la libertad de tus hermanos, no toleres que se condene á los que no han cometido otro delito que el de pensar!

Gobernantes, policías, ¡no permitáis que el pueblo tranquilo se transforme en explosivo!»

Brindamos los comentarios á los trabajadores republicanos españoles, tanto á los que confían en Lerroux como á los que esperan en la conjunción Iglesias-Galdós.

A ver si se desengañan de una vez y vienen al sindicalismo á labrar por sí mismos su emancipación económico-social, despreciando todo género de charlatanería política.

Lucha política y lucha económica

La lucha que el proletariado efectúa, ó debe efectuar, para emanciparse y transformar en trabajadores asociados los esclavos y los amos de hoy, se presenta bajo un doble aspecto: lucha política, ó sea lucha contra el Gobierno, contra el Estado y lucha económica, ó sea lucha contra el capitalismo.

Y decimos *doble aspecto* mejor que *doble lucha*, porque para el proletariado la lucha es solamente una, á pesar de los varios aspectos que asume, según las circunstancias del momento.

Los socialistas anarquistas tienen el mérito de haber insistido siempre sobre este doble aspecto de la cuestión social, y de haber visto claramente aquella especie de círculo en que está metido el proletariado y del cual no podrá salir sin deshacerse de la tiranía política y de la opresión económica. Y ese es el punto final si se quiere hacer honor á las ideas y adaptar la propia conducta práctica á la verdad, que se ha reconocido, de combatir á la sociedad burguesa en todos los terrenos para llegar á la emancipación integral del proletariado, y por lo tanto de todos los hombres.

* * *

Nosotros, de vez en cuando, fuimos objeto de ataques y de críticas por nuestros adversarios.

En un tiempo los republicanos nos combatían, creyendo que nosotros *no nos ocupábamos de política,* aun sabiendo que nosotros protestáramos contra toda forma de gobierno, y hubieran llegado á llamarnos monárquicos si las prisiones de las monarquías no estuvieran continuamente llenas de anarquistas. Y de otro lado los socialistas legalitarios pretendían confundirnos con los *liberistas* (1), nos negaban el derecho á llamarnos socialistas, diciéndonos que nosotros veíamos en el Estado, solamente en el Estado, el origen de todos los males y que esperábamos que aboliendo el Estado reinaría la armonía social: esto es falso de toda falsedad, porque los anarquistas atacaron siempre á la propiedad, laborando continuamente por su abolición completa.

Ahora la cosa ya ha cambiado, ya que nuestros adversarios, y especialmente los demócratas socialistas, no niegan ya que nosotros seamos enemigos de la propiedad privada, pero repiten á cada momento que nosotros negamos la lucha política, y se esfuerzan, bastante superficialmente, para demostrar que el Gobierno es el defensor del capitalismo y que éste no podrá desaparecer en tanto aquél subsista. Y como ellos dan ahora al socialismo una definición antojadiza, dicen que nosotros no somos socialistas porque rechazamos *la conquista de los poderes públicos.*

Demos al olvido las críticas viejas. Las críticas recientes consisten en aquello de no admitir la lucha política, fundada sobre el hecho de que nosotros no aceptamos la participación en la lucha parlamentaria, y porque combatimos la *conquista de los poderes públicos,* que en lenguaje claro significa la constitución de un nuevo gobierno, de una nueva clase gobernante.

La lucha electoral y parlamentaria y la conquista de los poderes públicos es una modalidad de lucha política que está de perfecto acuerdo con la táctica legalitaria y con la finalidad autoritaria de los socialistas demócratas, pero no está de acuerdo con nosotros, que queremos habituar al pueblo á que por sí y ante sí se tome la libertad y el mejoramiento de sus condiciones y que luchamos por el advenimiento de una sociedad libre, sin Gobierno.

Pero aunque nosotros creamos dañosa para los intereses del pueblo la táctica parlamentaria, no por eso queremos decir que no luchemos en el terreno político.

Veamos un ejemplo: en el campo económico, el robo es una modalidad de la lucha económica, empleada por algunos para hacerse ricos. Nosotros vemos que este medio está en contradicción con nuestra finalidad, porque tiende á la reapropiación individual de aquello que expropia, y vamos contra él. ¿Por este hecho se puede afirmar que nosotros no admitimos la lucha económica?

Nosotros sabemos perfectamente que la principal función que hoy tiene el Gobierno consiste en aquella de defender al capitalismo, y que en último análisis es imposible transformar la propiedad sin eliminar el principio de autoridad que es la salvaguardia de aquélla. Pero de esto á hacernos nosotros gobernantes ó ayudar á que otros se hagan va mucha diferencia.

* * *

La lucha debe ser política y económica, lucha directa contra el Estado y contra el capitalismo. Y si todo el proletariado que aspira á su emancipación se pusiera de acuerdo sobre la finalidad y los medios, ó simplemente se pusiera de acuerdo sobre lo que se debe hacer en el actual momento, aunque se disienta algo en la finalidad última, podría, uniéndose todo el proletariado, constituir un gran partido de trabajadores para luchar contra la opresión bajo todas sus formas.

Este acuerdo no existe ni es posible que se produzca: y por eso es lógico y natural que existan tantos partidos, como cuantos sean los programas y combatan todos por sus ideales. Pero no es lógico que se combatan y se debiliten en ciertos casos en que todos podrían cooperar en beneficio, también, de todos.

Todos los trabajadores, por diversos ideales políticos ó sociales que profesen, tienen interés, actualmente, de luchar contra la prepotencia capitalista y conquistar todo el mejoramiento que les sea posible. Todos los amigos de la libertad, todos los que se indignan por la opresión gubernamental y por la prepotencia autoritaria, sin preocuparse de las diversas ideas sobre la repartición de la riqueza ó sobre la organización social, tienen interés en luchar contra el Gobierno y de conquistar todas aquellas libertades que sean posible.

Los trabajadores podrían y deberían unirse todos para luchar contra la opresión económica, y los amigos de la libertad podrían y deberían unirse para luchar por la libertad, dejando á salvo todo derecho y deber de luchar por sus propias ideas y de integrar, según su manera de ver las cosas, la acción colectiva en la cual actúan hombres de todas las ideas y de todas las tendencias.

E. MALATESTA

(1) Los *liberistas* son anarquistas antisocialistas que creen que con la abolición del Estado habrán desaparecido todas las causas engendradoras de la opresión y la miseria. De estos no se conocen en España.—Nota de A. Loredo.

Lerroux y la lucha de clases

En *España Nueva* hallamos la siguiente lección dirigida á don Alejandro Lerroux, que reproducimos con el deseo de ser útil á los lerrouxistas:

La Historia, en sus diferentes períodos, no es más que la historia de la lucha de clases. Desde los primeros tiempos en que el hombre vivió en una sociedad con rudimentos de organización civil, hasta el período romano, la lucha de clases se manifestó en diferentes formas. Carácter de clase claro, preciso, lo manifestó aquel grandioso movimiento agrario, alma del cual fueron Tiberio y Sempronio Graco, cuyos corazones se conmovieron al regresar á Roma, después del sitio de Numancia, y encontrarse con que los soldados que habían llevado las Aguilas Romanas á los más ricos y lejanos países se hallaban en la más espantosa de las miserias en la Metrópoli del mundo, donde los pretores y la nobleza consumían las riquezas que enviaban los países sometidos y convertidos en provincias romanas.

Desde aquel movimiento, en el que por primera vez presentan una fuerza y manifiestan sus ansias de mejoramiento económico, hasta la Revolución francesa, que rompió toda cadena de servidumbre, contribuyendo al advenimiento del dominio de la burguesía, hondos movimientos han patentizado la lucha de clases. En cualquiera página de la Historia referente á la Edad Media encontramos motines, revoluciones, atentados, saqueos y otros muchos hechos, manifestación de esta misma lucha de clases. Producto de esta lucha ha sido la abolición de la esclavitud, primero, de la servidumbre, después, y lo será del régimen burgués, por último.

Carlos Marx, al hablar de la lucha de clases, no quiso más que señalar un hecho. No pretendió descubrir nada nuevo, sino únicamente señalar aquello que estaba contenido en la esencia misma de la Historia.

Los socialistas hablamos de la lucha de clases, señalando las condiciones de toda sociedad que tiene como fundamento la existencia de una lucha social dueña de los medios de producción, y de otra desheredada del social patrimonio; conflictos que sólo podrán desaparecer con el advenimiento de un nuevo régimen que funda en una sola á las dos clases sociales; cuando socializadas las fuerzas productivas no se conozcan ni detentadores de la riqueza ni miserables parias.

Lerroux, cuando dice que él incorpora á su programa todo el contenido del programa socialista, menos aquello que significa lucha de clases, ó pretende engañar al proletariado, ó no sabe lo que dice. Porque todo intento de mejora, toda lucha entre el proletariado y la burguesía — huelgas, «boicotages», etc., etc., — cae dentro de la lucha de clases. Como luchan entre sí los partidos, disputándose el predominio político, así el proletariado lucha contra la burguesía, que en el campo de la producción quiere conservar su actual hegemonía económica.

Lerroux, que antaño cultivó el equívoco anarquista, diciendo que había que entrar á saco en los Registros de la propiedad, hogaño pretende engañar á las masas obreras hablándoles de socialismo, y adular á la burguesía no admitiendo la lucha de clases. Pero no cuenta Alejandro Lerroux con que los hombres de su altura política, los que han escalado las cumbres de la jefatura de un partido—aunque en él haya mucha masa, calidad de los ediles de Barcelona, — no pueden colocarse en situaciones difíciles, de comediante, sin exponerse á grandes contratiempos. Las caídas desde ciertas alturas, cuando se trabaja en la cuerda floja, son mortales. Lerroux no puede hablar hoy «impunemente», sin mirar lo que dice, como en aquellos tiempos de bohemio anónimo en que hablaba de violar monjas y destruir altares.

GENEROSO PLAZA
(Del partido socialista)

CARTA ABIERTA

A. C. Ortega, Culebra (Panamá)

Ha quedado aclarado el asunto que os tenía preocupado hace varios meses.

El no contestaros la Comisión de huelga de los obreros mineros ha sido, según se han expresado, porque *no tenían dirección* para mandaros el recibo, y ahora, acosados por vosotros y apretados por nosotros, han tenido que contestar, y según se expresan os han enviado carta y recibo.

Antes no tenían dirección para contestaros y ahora os escriben: ¿cómo se entiende esto?

Al presidente de la Federación de Sociedades Obreras hemos de decirle que así como en un principio dijo que no se había recibido nada y que eso eran embustes de TIERRA Y LIBERTAD, y aun en plena asamblea en la Sociedad de Carreteros, se negó á dar explicaciones dejando en mal lugar al federado que preguntó por el paradero de las 2.014'28 pesetas, ¿por qué no dió satisfacciones cumplidas?

Así se arman los escándalos para luego cargar el sambenito á los anarquistas.

Para terminar la cantidad de 2.614'28 pesetas que enviasteis fueron cobradas por el tesorero Mariano Parro, de la Comisión de huelga, en el Banco de Vizcaya, el día 27 de octubre, de 1910.

Creemos que la lección que hemos dado á los socialistas les servirá para que, tratándose de pesetas, no se juegue, pues si tenían ó no dirección para acusar recibo, presente está la prensa, la socialista y aquella que sin ser socialista defiende á los trabajadores, como citaba Pablo Iglesias en el discurso que pronunció desde el balcón de la Casa del Pueblo de Las Carreras el día de su inauguración.

Es cuanto tiene que manifestar

MARIANO LÓPEZ

Bilbao, 3 marzo 1911.

MÁS PRUEBAS DEL CRIMEN

A despecho de algunos impotentes que por llamarse algo se dicen (cuando su libertad y comodidades no peligran) anarquistas; que con ínsulas de sabios sólo hacen el juego al enemigo, y aunque me llamen idólatra, he de machacar un día y otro para que los crímenes capitalistas no sean olvidados por los trabajadores y les sirvan de acicate, endureciéndoles el corazón que descargará huracanado su odio en la primera batalla.

He sostenido la inocencia de Kotoku y compañeros mártires, no por el hecho de hacerlo ver, sino por la convicción de que lo eran.

Y los datos que posteriormente nos han facilitado confirman más y más nuestras afirmaciones.

Primeramente, Katsura y varios ministros han pedido al Mikado que los castigue por no haber descubierto el complot.

Este hecho dice á los que no ejercen la facultad de pensar: un presidente de gobierno y varios ministros que piden ellos ser castigados, prueba la buena fe con que han obrado. Esta es, sin duda, la intención, máxime cuando saben que el emperador no los castigará.

Pero para los que ejercitamos esa facultad, que nos distingue de los animales y hasta de la mayoría de los bípedos, eso dice otra cosa.

Admitamos que existía complot: éste no fué realizado y sus organizadores pagaron con la vida. Luego es prueba que fué descubierto. La demanda, pues, del presidente Katsura y sus compañeros de ministerio tiene en estas circunstancias un doble valor; ella dice textualmente: EL COMPLOT NO LO DESCUBRIMOS PORQUE LO INVENTAMOS.

Pero hay más, que prueba lo ridículo de la invención. Todos saben lo imposible de realizar un acto importante entre socialistas y anarquistas. El peor enemigo del obrero y del progreso son los socialistas, decimos los anarquistas plenamente convencidos de la verdad dolorosa.

Pues bien; si hemos de creer á *L'Humanité*, que debe conocer á los suyos, el doctor Oishi era un socialista de los más viejos del Japón, y el doctor Oishi, socialista, como el doctor Kotoku, anarquista, han sido los dos ejecutados por el mismo ilusorio complot.

Las ideas socialistas, como las anarquistas, son nuevas en el Japón, y la mentalidad policíaca, gubernamental y magistral no concibe la gran diferencia que separa una idea de la otra y odiando á las dos han inventado el complot contra ambas, confundidas en una tortilla.

Los nombres y profesiones de los ejecutados que podemos hoy dar á nuestros lectores son los siguientes: doctor Kotoku y su compañera señora Sugano; doctor Oishi; el cura budhista, Vehiyama; los cultivadores Morichica y Mimrosa; el mecánico Myashita; los renteros Shimba y Okumiga y el jardinero Zuragawa.

Momentos antes de morir Kotoku compuso un poema japonés muy emocionante, después de ver á su compañera, único deseo que le fué concedido. También al doctor Oishi se le permitió ver á su hermano.

Las ejecuciones se realizaron con la sola asistencia testimoniaria de las autoridades y curas de la prisión.

A las familias les fueron negados los cadáveres, que fueron quemados y las cenizas enterradas en la prisión para impedir las manifestaciones que podrían celebrarse en los aniversarios. Tal es la convicción que tienen de que el Japón cree en un acto de justicia y no en un crimen.

A los conmutados no se les hizo saber la gracia del Mikado hasta un cuarto de hora antes de la muerte, y hasta ese momento se les hizo creer en la muerte.

Prueba aun más el crimen de que se ha castigado más duro á los más ilustrados cuando son los más ilustrados los que menos emplean la violencia individual ó de un puñado.

En realidad las autoridades del Japón han inventado el complot, han formado el proceso, han condenado miserablemente, pretendiendo detener los progresos de las ideas emancipadoras, pero tiempo perdido. Como dice *Mainichi,* el importante periódico de Osaka: «de hecho el socialismo introduce las raíces sin cesar cada día más profundas en el imperio del Mikado».

Yo creo que la sangre generosa de los asesinados será el riego más provechoso para el progreso de las ideas que han pretendido aniquilar.

V. GARCIA

La huelga mansa

Dándole este título que es el que corresponde á la acción sindicalista de que se trata, tomamos de un diario local:

LA HUELGA «PARLEE».—¿Sabéis lo que es la huelga «parlée»? Es una huelga que no lo es, y que causa tantos perjuicios como una huelga declarada. Los empleados ú obreros, sin cesar el trabajo, sin dejar de cobrar su sueldo, se esfuerzan de cuantos modos les es posible por no trabajar, por hacerlo todo mal, por crear dificultades y tropiezos. De esta clase es la que hoy sostienen los empleados de Trieste, que se ha extendido ya á todas las ramas de la administración: empleados de Aduanas, del fisco, de Correos, de ferrocarriles, aplican la resistencia pasiva con una disciplina y un rigor que rara vez emplean en el desempeño de sus deberes ordinarios.

Los resultados de estas maniobras están patentes. En el puerto ya no caben las mercancías y los bultos se amontonan unos sobre otros, esperando el lento revisar de los agentes de la Aduana; esto ha producido un desorden y un caos extraordinario. El mismo espectáculo presenta la estación de Trieste; las vías están obstruídas por trenes de mercancías que no pueden partir por prohibirlo los revisores é inspectores, que encuentran siempre defectuoso el material, y así han rehusado ya más de 400 carros. Los correos funcionan igualmente con la más escrupulosa lentitud. Las oficinas centrales se ven asediadas á todas horas por comerciantes que esperan la interminable expedición de cartas y paquetes postales, para lo cual no se ahorran la más pequeña formalidad. No terminaría si quisiera referir las mil trabas, los mil pretextos de que se sirven los empleados para demorarlo y dificultarlo todo. Han demostrado en la organización de la resistencia pasiva una incomparable virtuosidad.

Los perjuicios para el comercio son inmensos; aun sin tener en cuenta los que resultan de la casi paralización del tráfico, tienen que pagar derechos dobles de depósito y dobles salarios á los obreros, que tienen que esperar con los brazos cruzados á que los empleados se sirvan despacharlos. El Estado, por su parte, sufre igualmente: para dar sólo un ejemplo: en la caja de paquetes postales de la estación de Trieste se reciben por término medio en la mañana 240 coronas, y ayer, á las 13 del día, sólo se había recibido «una corona cuarenta cent».

Parece que las huelgas no han alcanzado aún su completo desarrollo. Se dice aquí en Viena que todos los funcionarios de Istria están listos á unirse al movimiento, y los empleados de los ferrocarriles slovenos publican un Manifiesto invitando á todos los camaradas á aplicar el reglamento de la manera más estricta. ¿No es verdad que ese es el tipo de la huelga desesperante?

Mediten los compañeros sindicalistas la lección que ofrecen al proletariado los trabajadores austriacos.

L. HERMANN

ESCUCHAD

¿Oís? Es el viento que mece las frondas de misteriosa selva; el soplo del porvenir, que despierta á la quieta y soñolienta maleza; es el primer suspiro de la virgen floresta al recibir en su frente cabizbaja el beso del impetuoso Eolo.

¿Oís? Es el viento que desgarra un manto invisible, en las sinuosidades de la montaña dormida, el viento de la idea que quiebra sus ráfagas en los ramajes del pueblo, inmenso bosque de almas; es la racha iniciadora que sacude los robles, la descubierta del huracán, que barre en la hondonada y en la cumbre, la niebla confusa de la estéril resignación.

TIERRA Y LIBERTAD